

**INSTITUTO
DE ECONOMÍA,
GESTIÓN Y SALUD**
EQUIDAD, SOLIDARIDAD, INNOVACIÓN



Políticas para la economía gestión y salud

Economía Solidaria: Respuestas comunitarias a la pandemia

WWW.IDEGYS.CL

Contenido

- 1- Editorial. **Pág 3**
- 2- Consejo editorial. **Pág 4**
- 3. Coronavirus, clases sociales y economía solidaria-Giuseppina Sara Da Ros **Pág 5**
- 4. Economía solidaria: Respuesta comunitarias a la pandemia-Matías Toledo y Alejandro Iglesias **Pág 11**
- 5. Organizar la solidaridad-Pablo Landó. **Pág 14**
- 6. El Rol de la Universidad en la Pandemia: Cuidarnos y cuidar-Rafael Zamarguilea **Pág 19**



Editorial

Boletín 2 Idegys: Respuestas Comunitarias a la Pandemia

En 1963 el economista Kenneth Arrow publicó el artículo “Uncertainty and the welfare economics of medical care”, documento ha sido considerado pionero en la Economía de la Salud, como disciplina. El aspecto central del planteo de Arrow fue destacar que los mercados de salud son imperfectos y, por tanto, inequitativos (injustos).

Arrow, deja en evidencia que la gente se organiza cuando ni el estado ni el sector empresarial son capaces de atender a sus necesidades en salud. En las crisis surgen grandes iniciativas de solidaridad y participación.

En el contexto de la pandemia, y por la velocidad de propagación, los sistemas de salud y protección social no alcanzaron (y aún no alcanzan) a llegar a toda la población que lo requiere y que lo requerirá en el futuro. La necesidad (falta de ingresos especialmente) llama paradójicamente a hacer lo contrario de lo que las autoridades predicaban como estrategia de distanciamiento: la gente tiende más bien a acercarse en comunidad.

La economía solidaria emerge como alternativa al modelo neoliberal, que ha sido puesto en tela de juicio por no lograr abordar la salud de forma equitativa, librando las soluciones al mercado, sin sentido territorial y sin problematizar los privilegios de los pocos que tienen demasiado y deberían comenzar a compartirlo.

No serán los modelos ni los sistemas económicos imperantes los que empujen una nueva forma de relacionarnos para asegurar un buen vivir, o, al menos un vivir sin miedo. ¿Será la comunidad, sus decisiones soberanas en torno a la solidaridad, la participación y la equidad, la que pueda convertir la pandemia en el punto de inflexión necesario para cambiar todo de una buena vez en pos de mejorar el bienestar de la población? En este boletín no encontraremos semejante respuesta, pero algunas experiencias concretas e ideas que apuntan en ese camino de transformación y reivindicación.



Consejo Editorial

Viviana Garcia Ubillo

Fonoaudióloga.

Profesor Adjunto Universidad de Valparaíso

Formación en Gerontogeriatría; salud y economía y en derechos humanos, políticas públicas y vejez.

Directora Ejecutiva Geropolis UV.

Rafael Urriola Urbina

Economista de la Salud.

Magister en Economía Pública y Planificación. Past President. Asociación de Economía de la Salud de Chile 2017 - 2019. Investigador y docente del Instituto de Economía Gestión y Salud. IDEGYS

Dr. Antonio Orellana Tobar

Neurocirujano.

Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Valparaíso, cargo en el cual ha sido reelecto en dos oportunidades (en 2015 y 2019).

Es miembro del Directorio de CONACEM (Corporación Autónoma de Certificación de Especialidades Médicas).

Fabián Norambuena Contreras

Ingeniero Industrial.

Maestría (c) Economía y Gestión en Salud.

Director asociación de Economía de la Salud de Chile 2017 - 2019.

Presidente Instituto de Economía Gestión y Salud. IDEGYS.

Rafael Zamarguilea

Politólogo.

Subsecretario de Extensión Universitaria de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Rosario.

Mariana Leidi

Médica.

Secretaria de Extensión Universitaria de Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Rosario.



Coronavirus, clases sociales y economía solidaria



Giuseppina Sara Da Ros,
IDEGYS, investigadora
asociada.

"La solidaridad es el factor clave de esos colectivos: las personas, en tiempos de precariedad económica, se organizan con familiares, vecinos y voluntarios para cubrir necesidades básicas, tanto propias como de aquellos que han perdido su fuente de ingreso, generando formas de consumo comunitario con dignidad."



Suele señalarse que el coronavirus no diferencia entre sus víctimas, es decir no las discrimina; no obstante, es posible afirmar que su contagio agrava la situación de los grupos más vulnerables de la sociedad. En efecto, las secuelas de la crisis sanitaria afectan a las personas de manera diferenciada según la pertenencia a un determinado sector social pues *“las desigualdades sociales crean y perpetúan las desigualdades en salud”* (Cadena Ser, 2020, p.1). Al pertenecer a una clase social u otra o al vivir en una comuna u otra los efectos de la pandemia son desiguales: la tasa de incidencia y la cantidad de casos, así como de decesos, son mayores en las zonas más pobres de las ciudades, donde el hacinamiento y la pobreza son más relevantes.

En varios países de América Latina y el Caribe, los primeros brotes del covid-19 se dieron entre la población más adinerada que viajó a Europa (donde la enfermedad ya se había manifestado) por turismo o para realizar deportes de invierno. Estas élites *“importaron”* el virus al regresar a sus países de origen y lo difundieron entre la población más expuesta y de menores recursos económicos, sujeta a un sistema de seguridad social y salud frágil y debilitado por los recortes presupuestarios, el desmantelamiento del sector público sanitario a favor del privado y las desigualdades propias del modelo socioeconómico vigente en esos países.

Una sociedad con grandes diferenciaciones sociales tendrá también grandes desigualdades en la salud individual: mayor morbilidad y menor esperanza de vida. Frente a una pandemia, la salud colectiva está en peligro, pero no para todas las personas por igual.

Las grandes aglomeraciones en los barrios populares favorecen la propagación y relativizan la eficacia del confinamiento (familias extensas comparten habitaciones de menos de 35 m², en verdaderos *“guetos verticales”*). Además, las cuarentenas tienen un alto costo económico para los sectores sociales más frágiles, pues muchas familias dependen del ingreso de uno sólo de sus integrantes y –por el aislamiento obligatorio– se han visto privadas de los recursos diarios de subsistencia (como en el caso de vendedores ambulantes, de pequeños comerciantes informales y de artesanos o trabajadores por cuenta propia que viven una situación de pobreza y precariedad crónica).

Si la informalidad es alta, es evidente que mucha gente incumpla las restricciones impuestas para poder sobrevivir. La incertidumbre sobre la duración y consecuencias de la pandemia, así como la recesión económica que se avizora, impulsan a las personas a salir y a utilizar cualquier oportunidad que se presente para realizar actividades que les proporcionen ingresos y puedan ahorrar algo para enfrentar

“La rapidez con la que se organizan los colectivos responde a la persistencia -en la memoria popular- de mecanismos de apoyo mutuo y solidaridad vecinal que remiten a un pasado común.”



la situación de precariedad.

Existen muchos ejemplos de cómo algunos sectores más organizados de la sociedad civil han reaccionado para enfrentar la situación provocada por la emergencia sanitaria. Debido sobre todo a la acción vecinal y a las redes de solidaridad, en algunos barrios de las grandes ciudades de América Latina, se están atendiendo las necesidades básicas de las familias más afectadas mediante la organización de comedores populares y ollas comunes o supervisando la distribución de alimentos a familias de escasos recursos, con el propósito de paliar los efectos de las restricciones sanitarias.

En Chile, decenas de “ollas comunes” (con entregas delivery para ancianos y personas vulnerables) se han organizado en varias ciudades como, por ejemplo, en Santiago (Villa Francia, Villa Robert Kennedy, Villa Yungay, la Unión de San Ricardo en La Pintana, Población Lo Hermida en Peñalolén, Conchalí, San Borja, La Cisterna, entre otras), en Renca y San Antonio (zona del puerto), Iquique y Cabildo (región de Valparaíso)¹, Antofagasta, Araucanía o Valdivia (poblaciones Pablo Neruda y Yáñez Zabala) y otras zonas del país. Se trata de iniciativas autónomas y autoconvocadas para apoyar y solventar las necesidades de pobladores inmigrantes y trabajadores desempleados y duramente golpeados por la crisis sanitaria y económica.

Participan de esas iniciativas, lideradas sobre todo por mujeres ², vecinos, colectivos y orga-

1 Se trata de una localidad rural que desde muchos años sufre escasez hídrica y altos índices de desempleo pues los cultivos son escasos. Las grandes propiedades agrícolas dedicadas al cultivo de paltas secaron la cuenca y las napas subterráneas, acarreando graves problemas hídricos a los pequeños agricultores que no tienen la capacidad de financiar obras para construir reservorios de agua.

2 La pandemia puso en evidencia una importante contradicción: de preferencia, siguen siendo las mujeres las que llevan adelante es-

nizaciones sociales barriales y políticas que reviven una pasada tradición de lucha popular en la toma de terrenos y en contra de la dictadura militar (La Razón, reportaje, p.2); otras tienen una historia más reciente vinculada con el estallido social del 18 de octubre de 2019. Es una forma de solidarizar y de socializar entre vecinos que prácticamente casi no se conocían y ahora comparten lo que tienen. Todos participan y aportan a la tarea diaria de alimentarse “con dignidad”. También reciben donaciones, por ejemplo, de panaderías, de pequeños empresarios de las zonas, de las ferias libres en la que se comercializan alimentos, así como de donaciones en efectivo de la ciudadanía.

Estas muestras de solidaridad, de “conciencia de clase y reciprocidad” (La Razón, reportaje, p.4) se han multiplicado y se repiten en casi todo el país; son el reflejo de una memoria histórica de comportamientos arraigados a formas ancestrales de ayuda mutua y también a experiencias más recientes de autogestión.

También se detectan esos ejemplos en otros países del continente como Argentina, con la ayuda de clubes deportivos, de Caritas, de organizaciones barriales populares como “Somos Barrios de Pie” (que trabaja en todo el territorio argentino en sectores como educación, género y salud, y en esta fase de pandemia con mucha presencia de ollas solidarias, principalmente en las provincias de Rosario, Córdoba, Corrientes, Misiones, Jujuy, Santiago del Estero y Buenos Aires), y de la misma Federación de Cooperativas de Entidades Solidarias para la Ayuda Mutua -Fedesam- (que estuvo al frente de una serie de actos solidarios y organizó ollas populares en comedores y merenderos del cono urbano bonaerense).

Cabe señalar, además, el caso de Uruguay, con la Asociación Rebeldía Organizada, una

tas organizaciones y colectivos pues en ciertos sectores sociales los roles de género son más marcados y las relaciones patriarcales más arraigadas, por lo que las actividades relacionadas con la preparación de alimentos son de exclusiva competencia femenina.



En otras zonas peruanas, la Caritas coordina la habilitación de comedores y albergues populares, y los colectivos feministas apoyan a las mujeres víctimas de violencia doméstica, mientras que grupos sindicales reciben y encaminan las denuncias de trabajadores contra abusos de los empresarios en medio de la pandemia. En Lima existen asentamientos y distritos muy afectados por la pandemia, la crisis económica y el desempleo; sus pobladores logran salir adelante gracias a la solidaridad de organizaciones y al liderazgo de algunas mujeres que se organizan y logran de esta manera proveer a sus ollas comunes.

Finalmente, en Paraguay, y específicamente en el Alto Paraná, existen más de 700 ollas populares que distribuyen alimentos entre 70 mil personas; y, en Ecuador, se crearon redes de apoyo para la población más vulnerable, se recaudaron fondos económicos para la compra de productos no perecibles y se canalizaron canastas solidarias de alimentos.

Algunas reflexiones

Las formas de organización social que permitieron crear comedores comunitarios y ollas comunes responden a las posibilidades que el entorno ofrece. Las plataformas digitales y las redes sociales (Instagram, Twitter y Facebook) sirvieron, en muchos casos, para organizar a las personas frente a una causa común.

Ese tipo de organizaciones voluntarias tiene, en el caso de Chile, raíces históricas: las primeras se conformaron en 1870 como consecuencia de la guerra del sur contra los mapuches y la situación de hambruna de ese pueblo. Las ollas comunes volvieron a aparecer en 1930 con la crisis del salitre y el regreso de los salitreros a Santiago. También se reorganizaron en la década de los 80, durante la dictadura militar y como respuesta al desempleo provocado por la crisis de la *"década perdida"* de América Latina (crisis financiera). En este caso, las mujeres pobladoras no sólo lograron resolver un problema de subsistencia sino también recomponer el tejido social que la dictadura había que-

brantado y generar un espacio de encuentro y diálogo al interior de las comunidades (OGE, 2020:1).

Ahora, el proceso de organización comunitaria inicia con las movilizaciones de octubre 2019 y se refuerza con la crisis sanitaria, social, económica y política por la que atraviesa el país. La rapidez con la que se organizan los colectivos responde a la persistencia -en la memoria popular- de mecanismos de apoyo mutuo y solidaridad vecinal que remiten a un pasado común.

La solidaridad es el factor clave de esos colectivos: las personas, en tiempos de precariedad económica, se organizan con familiares, vecinos y voluntarios para cubrir necesidades básicas, tanto propias como de aquellos que han perdido su fuente de ingreso, generando formas de consumo comunitario con dignidad.

A pesar de sus características, estas experiencias no siempre son reconocidas *"académicamente"* como parte de la economía solidaria. Para precisar y refutar este aspecto, cabe tomar en consideración lo señalado por Luis Razeto, uno de los ideólogos de la economía solidaria, respecto de su identidad.

Según Razeto, en América Latina se pueden identificar *"un conjunto de organizaciones y actividades económicas muy variadas que tienen en común el hacer economía con una racionalidad especial, caracterizada por la presencia activa y central del trabajo humano y de la solidaridad social, como factores organizadores de la actividad económica"* (Razeto, 2010:1). Esos dos factores operan de manera conjunta en las siguientes formas organizativas:

a) en las cooperativas y empresas autogestionadas, que operan en diferentes ámbitos económicos (de producción, servicios, consumo, distribución, vivienda, comercialización y de ahorro y crédito); **b)** en las organizaciones económicas populares, que surgen espontáneamente en diferentes contextos de marginación y pobreza para hacer frente a necesi-



dades básicas y otras carencias sobre la base de la ayuda mutua (la más conocidas son las ollas comunes y los comedores populares); **c)** en los micro-emprendimientos, que tienen una base de carácter familiar y vecinal para la integración de actividades económicas (de comercialización y de ahorro y crédito gremial); d) en el mundo rural campesino, donde la autoayuda tiene raíces ancestrales (reciprocidad, minga y cambiamanos); e) en actividades tradicionales como la pesca artesanal y su organización en “*caletas de pescadores*”, en la minería, con los extractores asociados y en actividades artesanales (cerámica, trabajos en cuero, tejidos, tallado de madera y piedra, orfebrería, etc.); g) en organizaciones barriales y otros colectivos organizados (como los campamentos) orientados a la reivindicación de terrenos para vivienda, la obtención de servicios básicos y otros derechos compartidos en beneficio de toda la comunidad local.

Para concluir, cabe reiterar que en todas las experiencias asociativas enumeradas (u otras, como el comercio justo y solidario que busca eliminar la intermediación y favorecer el consumo de productos ecológicos y producidos en condiciones de “*trabajo digno*”, o los bancos éticos), se evidencian “ciertas preocupaciones sociales que son enfrentadas mediante la organización de actividades económicas conjuntas” (Razeto, 2010, p.3 y 4) y estructuradas sobre la base de importantes relaciones interpersonales basadas en la cooperación y la solidaridad, dando lugar a formas de vida comunitarias integradas y participativas. Puesto que el consumo también es una actividad económica, las ollas comunes son parte integrante de la economía solidaria.



Referencias bibliográficas

Cadena Ser, Coronavirus y clases sociales. ¿Pueden todos los sectores de nuestra población enfrentar esta crisis de salud con las mismas garantías?, en: https://cadenaser.com/programa/a_vivir_que_son_dos_dias/corresponsales_de_ida_y_vuelta/

Carolina Trejo, "Así es como el pueblo ayuda al pueblo ante la pandemia de covid-19 en Chile", La Razón, Reportaje del 4 de mayo 2020, en: <https://www.larazon.cl/2020/05/04/asi-es-como-el-pueblo-ayuda-al-pueblo-ante-la-pandemia-de-covid-19-en-chile/>

Coronel Oscar, "Perú: pandemia y respuestas de una sociedad civil débil", en: Ciper Académico, Columna de Opinión, <https://ciperchile.cl/2020/05/22/peru-pandemia-y-respuestas-de-una-sociedad-civil-debil/>

FEDESAM, "Cooperativismo solidario", en: Mundo Cooperativo - Noticias , 17 de junio 2020, <https://www.mundo.coop/articulos/2-noticias/2008-cooperativismo-solidario>

Lancho Lourdes, La pandemia no entiende de banderas, pero sí de clases sociales. Los más desfavorecidos son doblemente víctimas del Covid-19, en: https://cadenaser.com/programa/2020/04/04/a_vivir_que_son_dos_dias/1586009740_247023.html

NODAL, Noticias de América Latina y El Caribe, Ollas populares y comedores en América Latina: solidaridad para combatir el hambre en tiempos de pandemia, 6 de julio 2020, en: <https://www.nodal.am/2020/07/ollas-populares-y-comedores-en-america-latina-solidaridad-para-combatir-el-hambre-en-tiempos-de-pandemia/>

Observatorio de Género y Equidad (OGE), De las ollas de la resistencia a las ollas de la dignidad: memorias y aprendizaje de las mujeres populares en época de crisis, en: <http://oge.cl/de-las-ollas-de-la-resistencia-a-las-ollas-de-la-dignidad-memorias-y-aprendizajes-de-las-mujeres-populares-en-epocas-de-crisis/>

Radio Zona Violeta, La otra cara de la pandemia: ollas solidarias en barrios vulnerables, 27.04.2020 en: https://mundo.sputniknews.com/radio_zona_violeta/202004271091251193-la-otra-cara-de-la-pandemia-ollas-solidarias-en-barrios-vulnerables/

Razeto Luís, Desafíos y proyectos de la economía solidaria, en: <https://www.luisrazeto.net/content/de-saf%25C3%25ADos-y-proyectos-de-la-econom%25C3%25AD-solidaria>

Seibt Sebastián, "Cómo el coronavirus se convirtió en un asunto de clases en América Latina", en: <https://www.france24.com/es/20200408-coronavirus-latinoamerica-lucha-clases-desigualdad-cuarentena>



Economía Solidaria: respuestas comunitarias a la pandemia



**Matías Toledo Herrera, Co-fundador
"Coordinadora Social Shishigang"**



**Alejandro Iglesias Bonsses, Presidente
Red de Salud Comunitaria de Puente
Alto**

Antes de que el Covid-19 llegara a Chile, ya teníamos algunas nociones de que la pandemia generaría efectos más allá de lo estrictamente sanitario, es decir, una problemática capaz de transformar de forma importante la vida de las personas en ámbitos tan diversos como: trabajo, educación, alimentación, vivienda, entre otros. Las cifras que hablan de más de 350.000 casos confirmados en nuestro país, parecen frías estadísticas frente a lo que ocurre en el cotidiano, en el estado de alerta que nos genera la presencia de este virus, el temor al contagio, el miedo a perder el trabajo, el buscar nuevas fuentes de ingreso, el pensar en la alimentación de la familia. Al mismo tiempo la clase política se muestra sorprendida por la realidad del hacinamiento en los hogares, se impresiona por la llamada "*clase media de cristal*", aquella que subsiste a partir de deudas con tarjetas de casas comerciales, aquella donde se normaliza la dependencia a psicofármacos para sobre-adaptarse a la vida. Entonces ¿Estamos frente a una realidad colectiva o individual?

Milton Friedman, padre fundador de las políticas económicas que comenzaron a implementarse en nuestro país durante los años 70' (y que son la base de la economía chilena actual), decía como chiste que la vida social –y el uso que le damos al dinero- era como estar en un casino, donde todas las personas teníamos la misma cantidad de fichas al momento de empezar a jugar y que el hecho de

que nos fuera mal no tenía que ser de la incumbencia de los demás, es decir, *“si te va mal, ahí ve que haces tú, no es mi problema”*. Se sabe que en un casino unas pocas personas ganan mucho, otras ganan poco y la mayoría pierde todo, frente a esto ¿Es homologable nuestra realidad como país al funcionamiento de un casino? ¿Todas las personas partimos con las mismas fichas?

Si pensamos en conductas individualistas versus las de perfil solidario, resulta interesante recordar las investigaciones que hace un tiempo vienen realizando distintos científicos sobre el comportamiento de los pingüinos emperadores en la Antártica, quienes para enfrentar las bajas temperaturas de la zona, se agrupan en grandes cantidades, muy pegados uno al lado del otro, se protegen, se coordinan, se apoyan para mantener el calor. Pareciera entonces que los pingüinos de manera natural apuntan al trabajo solidario, siendo difícil imaginar que los argumentos individualistas tengan mayor consistencia.

En este sentido, en medio de esta situación de pandemia, con un sistema político que tiene serias dificultades para funcionar colaborativamente y trabajar en red ¿Es posible generar desde nuestras comunidades acciones articuladas desde el apoyo mutuo?

Puedo decir que desde mi experiencia en Puente Alto, la comuna más poblada de Chile, la voz de la gente organizada si ha ido encontrando caminos solidarios, con acciones colaborativas entre vecinas y vecinos, con capacidad para observar quienes necesitan apoyo y de qué tipo, de coordinar esfuerzos y recursos. Por nombrar solo algunas experiencias: La *“Panadería Solidaria”* en la Villa Bernardo Leighton, donde vecinas y vecinos han autogestionado todos los recursos para las personas del mismo sector, generando 1.440 panes semanales, identificando además quienes no pueden salir de la casa por estar en cuarentena o quienes tienen otras necesidades. Otra experiencia similar vemos en el sector del Volcán 2 de Bajos de Mena, donde vecinas y vecinos

crearon *“El Pancito del corazón”*, autogestionando todos los recursos necesarios para desarrollar la iniciativa (con la gente del territorio) y al igual que en la panadería solidaria, se van afianzando lazos, van conociendo la situación particular de cada familia al repartir el pan, se van armando redes y confianzas, facilitando la llegada de recursos específicos, tales como medicamentos, alimentos, ropa, herramientas, ayuda con trámites y otros.

“En este sentido, en medio de esta situación de pandemia, con un sistema político que tiene serias dificultades para funcionar colaborativamente y trabajar en red ¿Es posible generar desde nuestras comunidades acciones articuladas desde el apoyo mutuo?”

En esta línea -y también de manera autogestionada-, la Coordinadora Social Shishigang viene trabajando fuerte la canalización de distintos recursos a iniciativas dentro de la comuna, como por ejemplo, en el trabajo colaborativo junto a organizaciones que ayudan a personas en situación de calle (*“Olla de Puente”*, *“Foresta Social”*, *“Brigada Cordillera”* y *“Fuerza Callejera”*) quienes llevan de Lunes a Domingo, más de 4.000 colaciones (entre desayuno y almuerzo) a estas personas. Asimismo, esta Coordinadora gestiona la entrega de pan a distintas famil-



ias de la comuna, gracias al apoyo de la *"Panadería Brasil"* quienes donan este alimento desde su genuino deseo de colaborar. Por otra parte también se unieron a *"Fundación Origen"* y han tejido redes de apoyo con conocida/os comediantes y gente de los medios que han colaborado con distintos recursos, promoviendo una red de apoyo con 15 ollas comunes permanentes, las cuales colaboran en la elaboración de 44.000 platos y 43.000 panes mensuales. La Coordinadora presta apoyo igualmente en distintos campamentos de Puente Alto.

Se podría decir entonces que el factor común de estas iniciativas, guarda relación con el conectar oportunidades, generar redes territoriales y/o extraterritoriales, fomentar vínculos y confianzas que permitan facilitar el flujo de los recursos, ya no solo en medio de esta pandemia, sino también, como una lógica de convivencia permanente, donde los lazos nos permitan ser más conscientes de quien está cerca nuestro, de percibir lo que sentimos tú y yo frente a la vida, lo que necesitamos, de darnos cuenta que el mundo puede funcionar distinto a un casino con sus fichas, de acordarnos cada día de aquel pingüino emperador.



Organizar la SOLIDARIDAD

Una experiencia de trabajo socio sanitario en la ciudad de Santa Fe



Pablo Landó
Comunicador social
Dirigente político.
Espacio Contar Pensar Hacer Santa Fe

“En nuestro país, ante el desarrollo de la pandemia de COVID-19 se adoptó una correcta medida estatal como el “aislamiento social preventivo obligatorio”. Pero esa indicación sanitaria, reveló que no todos los sectores de nuestro pueblo estaban en condiciones de “quedarse en casa” en una “cuarentena” segura. En la ciudad de Santa Fe, la emergencia sanitaria operó sobre una desigualdad social creciente. Hasta estos días, el éxito de escasos contagios y ningún fallecido estuvo ligado, entre otros factores, a las medidas preventivas y el trabajo comunitario de las organizaciones sociales y políticas.”

A modo de introducción

En nuestro país el sistema de Salud Pública sufrió durante los 4 años del gobierno de Mauricio Macri, políticas de ajuste que lesionaron seriamente su capacidad de respuesta a la población. Pasó de la jerarquía de “ministerio” a “secretaría”, fue recortado su presupuesto afectándose insumos, planes de vacunación; fueron cesanteados profesionales, científicos e investigadores, etc. El ajuste neoliberal acrecentó la vulnerabilidad social de la población siendo esto un factor determinante en las condiciones de salud. Las desigualdades sociales del país alcanzaron límites insoportables. Aumento de la pobreza e indigencia, desocupación y precarización laboral, inseguridad alimentaria, hacinamiento habitacional – exponencial crecimiento de asentamientos y “villas de emergencia” – sin condiciones mínimas de salubridad, sin agua potable ni sanitarios adecuados.

Estas razones, entre otras, fueron las causas de la decisión mayoritaria de la población de cambiar el gobierno en las elecciones de 2019. El gobierno de Fernández recibió así el sistema público de salud y, a 90 días de asumir, la llegada de la pandemia mundial de COVID-19 a estas geografías. “En-



tre la economía y la salud; defendemos la vida", dijo en cadena nacional el Presidente Fernández implementando medidas de ASPO a partir del 20 de marzo. Y así, transitamos aún, con distintas situaciones en regiones disímiles del país, medidas de aislamiento o distanciamiento social, teniendo en el Área Metropolitana de Buenos Aires el principal foco de contagios y fallecimientos. La estrategia sanitaria adoptada con anticipación apuntó a demorar la llegada del virus, fortaleciendo la infraestructura del sistema público sanitario y educando a la población en materia de cuidados y prevención. Comenzamos a hablar y sentir el "aislamiento social". Vivir de modo antagónico al ser humano que crece y se desarrolla en relación con otras/os. "Quedáte en casa" fue la consigna, pero ¿cómo hacer cuando el hogar resulta un lugar más peligroso que de cuidado? Cuando se vive en asentamientos precarios, hacinados, cuando no está asegurada la comida y sin empleo, ¿cuándo no hay agua potable para lavarse las manos!

"¿cómo hacer cuando el hogar resulta un lugar más peligroso que de cuidado? Cuando se vive en asentamientos precarios, hacinados, cuando no está asegurada la comida y sin empleo, ¿cuándo no hay agua potable para lavarse las manos!"

necesidades urgentes de porciones de la población, se nos presentó contradictoria. En primer lugar, buscamos construir y fortalecer la idea de cuidarnos como una elección; es decir, no algo impuesto por el gobierno. Y, a la vez, reconocernos como actores sociales esenciales que debemos estar en la calle, en el territorio con la gente, en la tarea solidaria. "Organizar la solidaridad" pasó a ser la consigna y la tarea social y política principal.

Es importante remarcar que Santa Fe tiene en las organizaciones sociales y comunitarias una red extensa y sólida de contención barrial. Vecinales, clubes, parroquias, radios, escuelas, centros de salud, etc. Y en la inundación del Río Salado que afectó a una tercera parte de la ciudad, en el año 2003, esas redes se fortalecieron y ampliaron. Ese tejido social comunitario desarrolla una práctica colectiva de la solidaridad que se activó, una vez más, para afrontar en este caso la pandemia.

Nuestra experiencia de trabajo en Santa Fe

En la ciudad de Santa Fe, geografía de la capital de la provincia homónima, desde donde resumimos nuestra experiencia, hay más de 150 mil personas atrapadas en la pobreza y 15 mil en la indigencia, con una población de 460 mil habitantes. Duele la realidad de 15 mil jóvenes, de 15 a 24 años, que se encuentran excluidos del sistema educativo y laboral. Asistimos a un crimen social, en una provincia de enormes riquezas naturales y alimentos.

En este cuadro social, la acción de cuidarnos ("quedarnos en casa") y, a la vez, atender a las

Nuestra organización política despliega un trabajo social integral en la ciudad; sea en organizaciones sindicales, de mujeres y diversidad, estudiantes; pero la fortaleza mayor está en el trabajo territorial con un importante arraigo en las barriadas olvidadas. Allí, se nuclea en la Corriente Clasista Combativa a personas desocupadas del mercado de empleo formal. Desarrollan trabajo social y de la economía popular, desde garantizar el alimento en 18 comedores comunitarios y 17 copas de leche, en 18 barrios de la ciudad. El primer paso, fue capacitar en normas de higiene y seguridad para cada compañera/o y asistentes a los mismos, para mantener su funcionamiento en la



emergencia sanitaria. En coordinación con otras organizaciones sociales y sindicales, abordamos el trabajo de recuperación del viejo Hospital Iturraspe (de enorme infraestructura pero en avanzado deterioro) para ponerlo a disposición ante el pico de la pandemia. Así fue como 50 trabajadoras/es de organizaciones sociales, durante 60 días, recuperaron dos salas que posibilitó habilitar 70 camas para personas infectadas por COVID-19. Este hecho tuvo una gran repercusión y trascendencia en la ciudad.

Nos interesa destacar el trabajo realizado desde la *“Campaña por la Emergencia en violencia contra la mujeres”* y la iniciativa del *“Voluntariado: No estás sola”* ante la creciente violencia de género y femicidios agudizada por el ASPO. Unas 230 mujeres se inscribieron online, se organizaron en grupos, definieron coordinadoras y desarrollaron información, protocolos de asistencia en la emergencia y proponen, a las autoridades municipales, lugares de refugios para víctimas de violencias. También los estudiantes universitarias/os y terciarias/os organizaron un *“voluntariado solidario”* por redes sociales y se sumaron a las tareas de restauración y pintura del hospital arriba mencionado. Se logró que las autoridades de la Universidad dispongan recursos para la producción de alcohol en gel, realizándose en la Facultad de Ingeniería Química. Y nuestro dispositivo de prevención de los consumos de sustancias psicoactivas y las adicciones *“El Rincón Cultural”* desarrolló sus actividades online y asistió con alimentos y elementos de higiene a jóvenes que participan del espacio. El Equipo profesional, aportó vía redes, reflexiones, conceptos, miradas para abordar esta problemática en contextos de aislamiento y distanciamiento social.

Solidaridad y protagonismo de la gente

La solidaridad fue tan conmovedora en la emergencia sanitaria como contrastante con la avaricia de los poderosos. Mientras los que menos tienen entregan todo, a riesgo de enfermar y morir en un comedor comunitario o una sala de salud; los que más tienen, al día de la fecha, no acceden siquiera a un impuesto extraordinario del 1% de sus fortunas ante la emergencia económica.

Partimos de entender a la salud como una construcción social, donde la presencia, el sostén y la contención del otro, resulta determinante. Y esa red de contención barrial que *“organizó la solidaridad”*, podemos afirmar que evitó un impacto mayor en los momentos más críticos. Hasta la fecha, las organizaciones sociales continúan haciendo entrega en mano de módulos alimentarios y, junto a equipos de salud, despliegan el operativo *“detectar”*; un plan estatal preventivo de salud con control de temperatura y otros síntomas y recolección de información del núcleo familiar. Consideramos que la eficiencia de una política pública está atada al protagonismo de la gente y el fortalecimiento de las organizaciones sociales y políticas en el territorio. Cada barrio tiene su particularidad, su historia de instituciones de la comunidad y referentes/es naturales que vecinas/os respetan. Con ellas/os y sus organizaciones, apelando a un rol activo de vecinas/os en este contexto y poniendo en sus manos la lucha por su salud se fue desarrollando un proceso dialéctico que contribuyó a superar la angustia y, sobretodo, a *“planificar la esperanza”*, como nos decía Enrique Pichon Riviére.



Lo social y político en un recorrido dialéctico

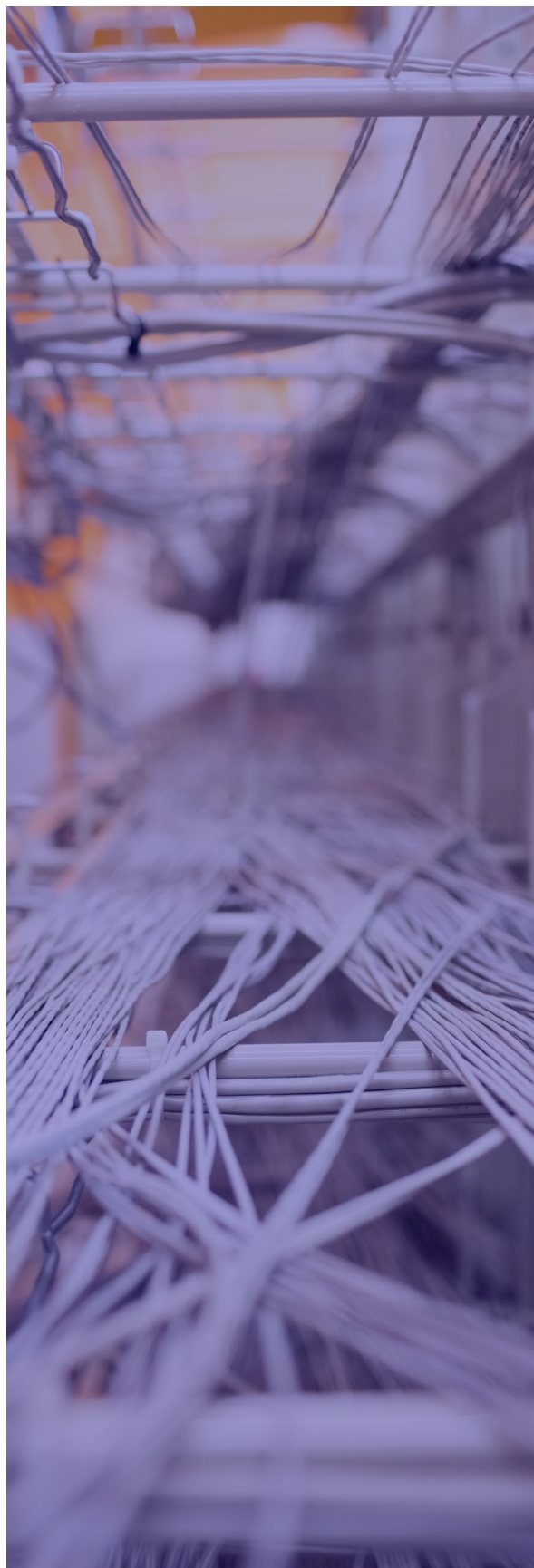
En ese recorrido de protagonismo popular por parte de los actores del territorio fue surgiendo la necesidad de constituir “Comités de Emergencia por barrio”, asentado en esas redes de existencia previa a la pandemia y, a la vez, como propuesta política de las organizaciones sociales. Pudieron constituirse en diferentes barrios y, aún hoy, continúan funcionando.

Como propuesta política surge a partir de analizar que la crisis abierta con la pandemia facilita pensar cómo se “organiza la sociedad”, cómo se asienta en esa desigualdad social resultante del sistema capitalista imperante. Y esa comprensión, en un proceso, posibilita la conciencia crítica como “el eje central” de nuestra tarea solidaria y desde ya, como práctica transformadora de la realidad.

Volviendo a Pichón Riviére, “*el sujeto está activamente adaptado en la medida en que mantiene un interjuego dialéctico con el medio y no una relación rígida, estereotipada. El concepto de adaptación activa se identifica con el de aprendizaje, al que defino como **apropiación instrumental de la realidad para transformarla**¹.*” Es decir, si los dispositivos internos del sujeto le posibilitan resignificar las situaciones de crisis, es porque se han producido procesos de aprendizaje que, en tiempos de padecimientos objetivos y subjetivos, son posibles por el acompañamiento asumido por las organizaciones sociales en ese proceso.

Los Comité de Emergencia Barriales son una propuesta para un primer nivel organizativo y tienen como objetivo una relación de “*ida y vuelta y de abajo hacia arriba*” de demanda social y política así como de ejecución exitosa de políticas públicas mediante el protagonismo popular.

1 Lema, V.Z. (1976) “Conversaciones con Enrique Pichon Riviere” Sobre el arte y la locura. Timerman Editores. Bs.As.



A la vez, nos propusimos desarrollar este proceso al plano municipal y provincial. Elevar necesidades, propuestas, planes, criterios y estrategias colectivas que deben asumir las autoridades políticas. Esto último, en permanente tensión y con resultados disímiles. Por un lado, se logró que toda la asistencia estatal y las estrategias preventivas sanitarias sean implementadas en los territorios con la centralidad de las organizaciones sociales y comunitarias. Por otro, los comités de crisis, municipales y provinciales, fueron constituidos pero con una dinámica formal y verticalidad absoluta, obturando el protagonismo de las organizaciones en el conjunto de las políticas públicas.

Las autoridades nunca lo pensaron como órganos de carácter deliberativo y resolutorio y de protagonismo popular. Vale decir que se pudo interactuar con el gobernador e intendente municipal dejando planteadas en diversas instancias nuestras posiciones políticas en torno a la magnitud del impacto económico social de la pandemia y la urgencia de buscar recursos en los sectores más concentrados de nuestra economía: bancos, terratenientes, exportadores. Los grandes ganadores de estos años deben financiar la salida de la crisis sanitaria, económica y social.

Esos planteos luego fueron consignas que asumieron propias la mayoría de las organizaciones y se transformaron en reivindicaciones y propuestas que continúan hasta estos días. Esto resulta clave para mantener una unidad de pensamiento y acción ante los debates abiertos por la prolongación de los plazos del aislamiento y los intereses de los sectores más concentrados de la economía que, ante medidas de económicas de asistencia del gobierno, correctas pero insuficientes, operan alentando la desconfianza social y se ha desarrollado una fuerte disputa por el destino de este proceso. Se concede a los ganadores de siempre, a los beneficiarios del modelo agro-minero exportador de materias primas e importador de manufacturas (léase, horas de trabajo); o se apuesta a conformar un modelo

industrial soberano e independiente; de producción agrícola-ganadera asentada en chacras y producciones familiares, alentando las economías regionales. Con la centralidad del Estado y lo público en ese desarrollo industrial para la generación de empleo, principal problema social actual.

A corto plazo, caducan luego de tres décadas, las concesiones de las privatizaciones menemistas de los 90 que entregaron a privados nuestros recursos estratégicos y empresas estatales. Estamos ante una posibilidad generacional, histórica, de recuperar lo perdido. La crisis sanitaria, social y económica debe ser transformada en posibilidad. De nosotras/os depende.



El Rol de la Universidad en la Pandemia: Cuidarnos y cuidar

Lic. Rafael Zamarguilea.
Subsecretario de Extensión
Universitaria de la FCM (UNR).



El impacto y la peligrosidad de la pandemia por COVID-19 obligaron al sistema educativo argentino a resguardar la salud de sus estudiantes y trabajadores. Así, las aulas se tornaron virtuales y los trámites online, mientras se ralentizaba o simplemente desvanecía buena parte de la actividad no encasillable en los formatos socialmente distanciados. Se abrió, de este modo, un desafío mayús-



culo para el extensionismo crítico, así como para todos aquellos que militamos por una universidad pública y democrática, vinculada orgánica y pedagógicamente al pueblo y a sus necesidades (sanitarias, económicas, políticas, sociales y culturales). **#QuédateEnCasa** nos pareció, desde este punto de vista, una consigna atinada pero incompleta. Era necesario desarrollarla desde el punto de vista de los oprimidos, en términos situacionales y relacionales, porque cuidar a la comunidad educativa no podía significar que esta abandone su rol en el cuidado de la salud del resto de la sociedad, colaborando con las instituciones de salud pública y la salud comunitaria.

La Secretaría de Extensión Universitaria de la Facultad de Ciencias Médicas (Universidad Nacional de Rosario), normalmente, lleva adelante y acompaña actividades que apuntan a la articulación de derechos, deseos, saberes y prácticas de salud, especialmente, en poblaciones –y también temáticas– que el modelo médico hegemónico ha secundarizado; a saber: personas en situación de calle, comedores comunitarios, escuelas de barrios populares, enfermedades endemoepidémicas (como el dengue), etc. Estas se enmarcan en un propósito más general de vincular estudiantes y docentes universitarios con actores e instituciones de la comunidad para la produc-

ción de salud pública y, al mismo tiempo, el mejoramiento de la formación académica en un sentido crítico, humanista y social. ¿Puede abandonarse este rol en el marco de una crisis sanitaria como la del COVID-19? ¿No implica el extensionismo un compromiso tal entre universidad y comunidad que impone como deber ético sostenerse incluso en las coyunturas más excepcionales de agravamiento de las condiciones de salud –o justamente por ese agravamiento–, como es el caso de la actual pandemia? ¿Acaso no es esencial el trabajo extensionista que apunta a la salud de la comunidad? ¿No es un imperativo de la formación académica también su recontextualización en los momentos críticos de la sociedad? Estas preguntas fueron las que nos llevaron a la pelea por articular con las autoridades sanitarias, en las nuevas condiciones de aislamiento, primero, y distanciamiento, después, un trabajo acompañamiento a diversos voluntariados complementarios a las políticas de cuidado de la salud que empezaban organizar los diferentes niveles gubernamentales y las organizaciones de la sociedad civil, aportando, al mismo tiempo, las capacitaciones, el re-trabajo y las medidas correspondientes, en la marco de la formación profesional y su permanentemente necesaria revisión.



Así pues, pudo organizarse, junto al programa de inmunizaciones de la Prov. de Santa Fe, un voluntariado de vacunadores eventuales para aplicar antigripal a personas de riesgo, colaborando con el cuidado de los adultos mayores, que son los más afectados por el Covid-19.

También se acompañó a los voluntarios del Centro de Estudiantes que llevan adelante actividades de prevención y promoción en unidades barriales y comedores comunitarios, que vienen cumpliendo una función vital en el marco de la crisis económica y social agudizada por la pandemia. A pedido de las autoridades municipales, se sostuvo el Sistema de Medico Interno Rotatorio en los hospitales de la ciudad y la zona, y se implementó un voluntariado de estudiantes de la Práctica Final de la carrera de medicina en el centro de atención telefónica del Sistema Integrado de Emergencias Sanitarias. Además, en coordinación con la provincia, se implementó un voluntariado dentro del sector del Centro de Llamados y Telemedicina de la Facultad; y está comenzando a articularse un voluntariado para el abordaje comunitario de problemáticas socio-ambientales y de salud vinculadas a la pandemia en el cordón industrial de San Lorenzo y localidades aledañas; todas actividades que fueron acompañadas con capacitaciones y medidas correspondientes al contexto de pandemia.

Si bien es forzoso reconocer que la universidad está en condiciones de hacer mucho más por la población y, así, por ella misma, no obstante, en el marco de la incertidumbre propia de una situación nueva y excepcional, lo hecho representa también un punto de partida nuevo desde el cual re-pensar la salud, la universidad, la extensión, lo público, lo comunitario, y –desde ya– actuar en consecuencia.

Al fin y al cabo, las crisis no son apenas oportunidades sino pruebas, demostraciones, de aquello que funciona y de lo que no, de lo que es para todos y de lo que no, de los que trabajan por todos y de los que simplemente acumulan poder y privilegios; pero no mecánicamente, sino en la medida en que al menos una parte de la sociedad –y aquí el rol que debe aportar la universidad– acompañe y promueva la elaboración de las conclusiones pertinentes. Posibilitar la confluencia de estudiantes, docentes y trabajadores de salud pública en una práctica transformadora y solidaria junto a la comunidad y las instituciones de salud pública es, en este sentido, y sobre todo en este contexto, su condición de posibilidad.

“Al fin y al cabo, las crisis no son apenas oportunidades sino pruebas, demostraciones, de aquello que funciona y de lo que no, de lo que es para todos y de lo que no, de los que trabajan por todos y de los que simplemente acumulan poder y privilegios”





www.idegys.cl



contacto@idegys.cl



Fanor Velasco 85, piso 2,
Santiago. RM

